

En 1845 Tejas se anexó a la Unión Americana, lo que preparó el camino hacia una guerra



Dos Siglos de Historia...
EN EL SIGLO DE TORREÓN

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya

Para el Batallón de San Patricio, Churubusco marcaría su fin, se llevó a juicio a los sampatricos desertores

MEXICANOS A SANGRE Y FUEGO: el heroico Batallón de San Patricio

POR ENRIQUE SADA SANDOVAL

*Dedicado a Eamon Hickey,
Embajador de la hermana Irlanda en México*

Un capítulo glorioso en la memoria mexicana, aunque desdeñado por la “historia oficial”, lo es sin lugar a duda y en consecuencia aquel que se refiere a ese puñado de hombres valerosos que atrajo tras de sí lo mismo a compatriotas suyos que extranjeros para luchar bajo el pabellón trigarante en justa guerra contra la nación de las barras y las estrellas durante la invasión de 1847.

Tras la derrota ominosa de Santa Anna en Tejas y la firma de los Tratados de Velasco en 1836, México había permanecido indolente ante la pérdida de la provincia que abarcaba desde el Río Nueces hasta la Luisiana. Lejos de adoptar una política inteligente como lo hiciera Gran Bretaña al reconocer a Tejas como país (en aras de evitar su anexión a los Estados Unidos) o de recuperar por la fuerza lo que por legítimo derecho correspondía a la nación, la clase política se mantuvo cruzada de brazos cuando no enfrascada en luchas fratricidas hasta que sucedió lo previsible: en 1845 Tejas se anexó a la Unión Americana. Este hecho preparó el camino hacia una guerra que sólo necesitaría cualquier provocación mínima para estallar. Y la provocación sería provista por cortesía del esclavista presidente James Polk, para justificar sus pretensiones expansionistas sobre México.

A finales de marzo de 1846 el general Zachary Taylor, quien comandaba un ejército de 3,900 hombres (de los cuales la mitad habían nacido en Irlanda, Gran Bretaña y Europa) construyó una fortaleza frente a Matamoros, donde existía una base militar mexicana. El 25 de abril de 1846 una unidad de la caballería mexicana atacó a una estadounidense que incursionó en territorio mexicano, dio muerte a once estadounidenses, hirió a seis y tomó prisioneros a 63. Taylor envió la noticia a Washington, donde Polk esperaba el incidente por él maquinado para declarar la guerra que tanto deseaba.

Cuando se supo del campamento estadounidense sobre el río Bravo, el general Pedro de Ampudia, comandante del Ejército Mexicano del Norte, arribó a la zona con 2,400 soldados, no sin antes ordenar la impresión de volantes en inglés que pasaron de contrabando al campamento estadounidense. En el texto, dirigido “A los ingleses e irlandeses del ejército del General Taylor”, Ampudia protestaba contra la injusta agresión estadounidense e invitaba a los soldados a desertar: “Recuerden que nacieron en Gran Bretaña, que el gobierno estadounidense mira con frialdad la poderosa bandera de San Jorge y está provocando hasta que truene al pueblo guerrero al que pertenece... Polk está manifestando con desafío el deseo de tomar posesión de Oregón, como ya ha hecho con Tejas. Así pues, vengan con toda confianza a las filas mexicanas”.

Uno de los primeros desertores en cruzar el río Bravo fue un irlandés llamado John O’Riley, conocido a la postre como John Riley, quien se convirtió en el organizador del Heroico Batallón de San Patricio. Nacido en Clifden, Irlanda; en 1824, Riley es descrito como un hombre alto, musculoso y de hombros anchos, con cabello oscuro, ojos azules y tez rubicunda, que había servido en los ejércitos de tres países:

parte, Samuel Chamberlain la recordaba como: “Una hermosa bandera de seda verde... en ella brillaba una cruz plateada y un arpa dorada, bordadas por las manos de las bondadosas monjas de San Luis Potosí”.

Su bautizo de fuego ocurrió cuando estaban apostados en Matamoros, de donde marcharon para asistir a la defensa de la ciudad de Monterrey, Nuevo León. Aun cuando

ses hubo una gran identificación entre su pueblo de origen y el pueblo que ahora juraban defender, asediado desde su Independencia también por una nación expansionista, injusta y apóstata.

Después de la rendición de Monterrey, la próxima batalla tuvo lugar al sur de Saltillo, en el célebre paso de La Angostura. Una vez que Santa Anna pasó revista el 22 de febrero, se asignó el mando de la batería



Los sampatricos en la Batalla de La Angostura.

Gran Bretaña, Estados Unidos y México. Un domingo 12 de abril pidió permiso para asistir a una misa ofrecida por un sacerdote de Matamoros, pero nunca regresó a su unidad y fue reportado como desertor: “Desde abril de 1846 —recordaría después— cuando me separé de las fuerzas norteamericanas [...] he servido constantemente bajo la bandera mexicana. En Matamoros formé una compañía de 48 hombres”. Para julio de 1847, esta compañía de hombres contaría con doscientos soldados: compuesta por desertores del ejército estadounidense tanto como por extranjeros residentes en México (ciudadanos británicos y hasta veteranos de las guerras napoleónicas) que se unieron bajo un mismo pabellón. La descripción de la divisa que ondearon con orgullo aquellos hombres parece haber tenido variaciones a lo largo de la campaña. Riley refirió que la bandera era verde esmeralda con una imagen de San Patricio emblematada de un lado más un trébol y la mítica arpa de Erin por el otro; un corresponsal norteamericano la describió hecha de seda verde, con un arpa bordada y el escudo de armas mexicano con las palabras “Libertad por la República Mexicana”, y bajo el arpa la leyenda “Erin go Bragh” (Irlanda por siempre). Por otra

Taylor ocupaba Monterrey, la defección de sus tropas se convirtió en un problema tan grave como evidente, tal como refirió el mayor Luther Giddings respecto a cincuenta desertores norteamericanos: “A éstos el enemigo [los] recibió con alegría y alistó rápidamente en sus filas, donde sirvieron con un coraje y fidelidad que nunca habían exhibido en las nuestras. Sin duda el más humilde del batallón de San Patricio fue honrado con mucha consideración por los mexicanos”. Es innegable la identificación histórica de los irlandeses con la causa de la justicia y la libertad, y tanto más a favor de la América Española como fue el caso del General Daniel Florence O’Leary con Simón Bolívar y el del Virrey Juan O’Donojú (O’Donohue) con Agustín de Iturbide, ambos grandes colaboradores de dos grandes Libertadores. Por otra parte, fue el propio Ejército de los Estados Unidos el culpable de estas deserciones en tanto practicaba una política de discriminación brutal y extensa en contra de los católicos. Se sabe que los oficiales protestantes animaban la profanación de imágenes religiosas, la violación de mujeres y el vandalismo contra templos, feligreses y propiedades. Además, dentro del común de los irlande-

de cañones a cargo de ochenta hombres de la compañía de San Patricio. La batería de San Patricio, situada en una loma desde donde dominaba toda la llanura, disparó botes de metralla que abrieron grandes huecos en las filas estadounidenses, al grado que Taylor y sus huestes estuvieron a punto de ser barridos en lo que puede considerarse como la única batalla ganada durante la guerra. Sin embargo, el triunfo de La Angostura, donde más de la tercera parte del mítico batallón murió o fue herido, duró hasta que Santa Anna ordenó la retirada a San Luis Potosí para reabastecerse. Este desacierto del Generalísimo permitió que las fuerzas de Taylor, al no ser aniquiladas, se sumaran a las del general Scott en Veracruz, abriéndose camino fácilmente hacia la Capital mexicana. Como parte de la estrategia para sumar a más desertores a la causa nacional, Santa Anna emitió desde Orizaba un volante en inglés donde enlistaba concesiones para cualquier estadounidense que se pasara del lado mexicano, en tanto John Riley preparó una circular que debido al avance norteamericano no logró imprimirse, dirigida: “A mis amigos y compatriotas en el ejército de Estados Unidos: El presidente de esta República [...] les ofre-

gel donde un arriero les infligió cincuenta latigazos en sus espaldas en tanto 16 sampatricos vestidos con sus uniformes mexicanos eran colgados. Nueve de los cuerpos fueron enterrados en las cercanías, y sus tumbas fueron cavadas por Riley y los otros prisioneros marcados. Tres días después de las ejecuciones de San Ángel, los treinta restantes fueron ahorcados cerca de Mixcoac de una manera cruel y dramática: el coronel William Harney coordinó las ejecuciones con el asalto estadounidense al castillo de Chapultepec, que se veía claramente a distancia. En la madrugada colocó a los prisioneros en las carretas debajo de los cadalsos y anunció que permanecerían ahí, con las sogas alrededor del cuello, hasta que la bandera estadounidense se izara sobre el castillo. Poco antes de las nueve y media de la mañana, cuando las barras y las estrellas remplazaron al águila mexicana sobre el castillo, el coronel ondeó su espada al aire y las carretas avanzaron, lanzando a los sampatricos hacia la eternidad.

De los sobrevivientes del batallón, la mayoría fueron removidos de sus cargos, otros siguieron arrestados y algunos más fueron deportados o trasladados como Riley a Puebla de los Ángeles. Aunque la ciudad era un lugar de servicio agradable y Riley, un oficial de cepa, parece no haber recibido una atención digna pues para julio de 1848 se quejaba con el cónsul británico en la Capital mexicana: “Me he estado muriendo de hambre en estas calles de Puebla”. Para el verano de 1850, Riley recibió licencia absoluta con honores y la paga completa por incapacidad de servicio para después ser enviado a Veracruz. Samuel Chamberlain sostiene en sus memorias que éste se casó con una acaudalada señora y se quedó a vivir en México. Sin embargo, otros indicios más recientes apuntan a sus descendientes, quienes refieren que se casó con una alemana llamada Lomlimak Fostenberg embarcándose en Veracruz rumbo a Tejas para establecerse ahí, volviendo a México en 1879 sólo para morir enterrado en la catedral veracruzana, bajo el suelo del país que adoptó como suyo.

Dos veces al año, mexicanos e irlandeses se reúnen en la plaza de San Jacinto en San Ángel para honrar a John Riley y a sus hombres en una ceremonia conmovedora por sus participantes aunque insuficiente por parte del Gobierno mexicano: no fue sino hasta 1999 cuando el Congreso de la Unión declaró a los miembros del Heroico Batallón de San Patricio Beneméritos de la Patria. No obstante lo anterior, sus nombres siguen ausentes de las paredes del salón de sesiones del Congreso, esperando que la justicia y la memoria histórica les abra un espacio que llenarían más dignamente, por encima de la gran mayoría de los nombres que sin merecerlo ocupan lugar en este recinto.

El 7 de septiembre de 1847 terminó el armisticio, y mientras continuaban las batallas en los alrededores de la ciudad de México, los sampatricos condenados enfrentaron su sentencia. El 10 de septiembre 14 hombres fueron atados a los árboles en la plaza de San Ángel



Banderas del Heroico Batallón de San Patricio durante la invasión norteamericana.



Soldado de la Compañía de San Patricio.